

LA TIENDA MÁGICA

(Black Tulip)

Hay 4 personajes en el relato, el padre (narrador), el hijo "Gip" (protagonista), el dependiente de la tienda de magia, otro dependiente y, un padre y un hijo que se presentan solo como voces. El objetivo es, eliminar, hacer desaparecer al personaje de Gip de todo el relato. Esto se ha realizado mediante la eliminación de fragmentos de texto y para ello se han tomado una serie de decisiones que funcionan como reglas para la desaparición, y que son las siguientes:

1.
La técnica única y elemental es la eliminación de fragmentos de texto, sólo recortar, no permitiendo modificar ninguna parte de este. Ni tan siquiera mayúsculas o signos de puntuación. Esto significa que en ocasiones, al eliminar fragmentos se han unido naturalmente informaciones de párrafos diferentes.

Había visto varias veces la Tienda Mágica desde lejos; había pasado una o dos veces por delante del escaparate, donde se podían contemplar pequeños objetos mágicos: bolas mágicas, gallinas mágicas, conos maravillosos, muñecas ventrílocuas, material para el truco del cesto, barajas que parecían corrientes, y todo ese tipo de cosas; pero nunca se me había pasado por la cabeza entrar. A decir verdad, no pensaba que estuviera en ese lugar -era una fachada de dimensiones modestas en Regent Street, entre una tienda de cuadros y un establecimiento donde salen los polluelos de las incubadoras patentadas-, pero el hecho es que estaba allí. Creía que se encontraba más cerca de Circus, o por la esquina de Oxford Street, incluso en Holborn; siempre estaba en la acera de enfrente y un tanto inaccesible, como si su situación fuera un espejismo; pero estaba allí en ese momento, sin ningún género de dudas, y puse la mano en el picaporte.

No era una tienda común; era una tienda mágica.

Era pequeña, estrecha y con poca luz; el timbre de la puerta volvió a sonar con una nota de dolor. Había un tigre de papier-maché sobre la vitrina que cubría el mostrador, un tigre grave, de ojos bondadosos que movía la cabeza rítmicamente; había varias esferas de cristal, una mano de porcelana que sostenía cartas mágicas, un surtido de peceras mágicas de varios tamaños, un sombrero mágico impúdico que mostraba sin vergüenza sus resortes. En el suelo había espejos mágicos: uno te alargaba y estrechaba, otro te aumentaba la cabeza y te hacía desaparecer las piernas, y otro te hacía pequeño y gordo como un tonelete. , llegó el que, según creí, era el encargado de la tienda.

Fuera quien fuera, estaba detrás del mostrador; era un hombre cetrino, moreno, extraño, con una oreja más grande que otra y un mentón como la punta de una bota.

-¿En qué puedo servir ? -dijo extendiendo sus dedos largos y mágicos sobre la vitrina.

-Quiero comprar algún truco sencillo de prestidigitación -dije.

-¿Un juego de manos? -preguntó-. ¿Mecánico? ¿Casero?

-Algo divertido -dije.

-¡Hum! -dijo el dependiente, y se rascó la cabeza como si reflexionara. Entonces sacó claramente de la cabeza una bola de cristal-. ¿Algo así? -dijo.

Lo que hizo fue sorprendente. Había visto el truco infinidad de veces en algún espectáculo -forma parte del repertorio habitual de los prestidigitadores-, pero no esperaba verlo allí.

-Está muy bien -dije riéndome.

-¿Verdad? -dijo el dependiente.

-Está en tu bolsillo -dijo el dependiente, ¡y allí estaba!

-¿Cuánto cuesta? -pregunté.

-Las bolas de cristal no cuestan nada -dijo el dependiente con cortesía-. Las conseguimos gratis -añadió sacando una del codo.

Volvió a sacar otra de la nuca y la dejó junto a la anterior en el mostrador.

-Puedes quedarte con estas también -dijo el dependiente-, y, si no te importa, con una que saque de mi boca. ¡Así!

-Conseguimos todos nuestros pequeños trucos de esta forma -observó el dependiente.

Me reí como el que sigue una broma.

-En lugar de ir al distribuidor -dije-. Evidentemente, así sale más barato.

-En cierto modo -dijo el dependiente-. A fin de cuentas acabamos pagándolos, pero no tanto... como la gente supone... Nuestros trucos más importantes y los suministros diarios de las demás cosas que queremos los sacamos de ese sombrero... Y usted sabe, señor, si me permite decírselo, que no hay un almacén de venta al por mayor de artículos mágicos genuinos. No sé si ha reparado en nuestro rótulo: La Tienda de Magia Genuina.

Sacó una tarjeta comercial de su mejilla y me la entregó.

-Genuina -dijo, acompañando la palabra con el movimiento de un dedo-. No hay ningún tipo de engaño -añadió.

Parecía que estaba llevando la broma demasiado lejos.

-Mira, tú eres un Buen Muchacho.

Me sorprendió que supiera esto.

-Sólo los Buenos logran pasar por esa puerta.

Y, a modo de ejemplo, llegó hasta nosotros un golpeteo en la puerta y se pudo oír débilmente una voz que gritaba:

-¡Papá! ¡Papá! ¡Quiero entrar ahí, papá! ¡Quiero entrar ahí!

Luego se oyó la voz de un angustiado padre que trataba de consolarle y tranquilizarle:
 -Está cerrado, Edward -dijo.
 -Pero no lo está -dije.
 -Sí, señor -dijo el dependiente-. Siempre está cerrado para esa clase de niños.
 Mientras hablaba vislumbramos al niño: una carita blanca, pálida de comer dulces y chucherías, y deformada por las malas pasiones; un pequeño egoísta inexorable que daba patadas al cristal encantado.
 -No servirá de nada -dijo el comerciante cuando me dirigí hacia la puerta, movido por mi natural amabilidad.
 Al poco tiempo se llevaron al niño mimado, que no paraba de berrear.
 -¿Cómo logra hacer eso? -dije respirando un poco más libremente.
 -¡Magia! -dijo el dependiente, moviendo la mano descuidadamente, y, de pronto... surgieron chispas de diversos colores de sus dedos y se desvanecieron en las sombras de la tienda.
 E inclinándose sobre el mostrador -tenía un cuerpo increíblemente largo-, este asombroso personaje mostró el artículo como suelen hacerlo los prestidigitadores.
 -Papel -dijo, y sacó una hoja del sombrero vacío-. Cuerda.
 Y su boca se convirtió en una caja de cuerdas, de la cual sacó una tira interminable que rompió con los dientes cuando terminó de atar el paquete... y, después -eso me pareció a mí-, se tragó el ovillo. Luego encendió una vela en la nariz de una de las muñecas ventrílocuas, puso uno de sus dedos (que se había puesto rojo como el lacre) en el fuego, y selló el paquete.
 -Luego estaba el «huevo que desaparece» -observó.
 Sacó uno de mi chaqueta y lo empaquetó, así como el «niño que llora, muy humano».
 Estas eran magia auténtica.
 Luego, sobresaltado, descubrí algo que se movía dentro de mi sombrero, algo suave e inquieto. Me quité el sombrero rápidamente y una paloma irritada -un cómplice, sin duda- saltó, corrió por el mostrador, y creo que se metió en una caja de cartón, detrás del tigre de papier-maché.
 -¡Qué horror! -dijo el dependiente, quitándose el sombrero con destreza-. ¡Vaya pájaro descuidado! ¡Mira que anidar en cualquier parte!
 Sacudí mi sombrero y en su mano abierta aparecieron dos o tres huevos, una canica grande, un reloj, media docena de las inevitables bolas de cristal, y más y más papel arrugado y estrujado, mientras hablaba sin parar de cómo la gente se olvida de cepillar los sombreros por dentro, así como por fuera; lo decía con mucha educación, pero refiriéndose a mí.
 -Se acumulan todo tipo de cosas, señor... No me refiero a usted en particular, por supuesto... Casi todos los clientes... Es asombroso todo lo que llevan encima...
 El papel arrugado crecía y ondeaba en el mostrador, cada vez en mayor cantidad, hasta que casi ocultó al dependiente, hasta que lo ocultó por completo, y su voz seguía y seguía.
 -Ninguno de nosotros sabe lo que puede ocultar la buena apariencia de un ser humano, señor. No somos mejores que fachadas encaladas, sepulcros blanqueados...
 Su voz se paró exactamente igual que cuando se golpea el gramófono del vecino con un ladrillo bien dirigido: el mismo silencio instantáneo. El crujido del papel cesó, todo quedó en silencio.
 -¿Ha terminado con mi sombrero? -dijo al cabo de un rato.
 Pero no hubo respuesta.
 -¡Oiga! -dijo con voz más bien fuerte-. Quiero la cuenta y mi sombrero, por favor.
 Creo que alguien sorbió por las narices detrás del mostrador.
 Y ¿qué creéis que había detrás del mostrador? ¡Nadie, absolutamente nadie! Sólo mi sombrero tirado en el suelo y un típico conejo de prestidigitador, blanco y con orejas romas, sumido en sus meditaciones y con un aspecto tan estúpido y apocado como sólo los conejos de los prestidigitadores pueden tenerlo. Recogí mi sombrero y el conejo se apartó de mi camino arrastrando los pies.
 -¡Miz, miz! -el conejo se introdujo por una puerta que un momento antes no estaba allí.
 Luego, esta puerta se abrió de par, y el hombre que tenía una oreja más grande que la otra apareció de nuevo. Todavía sonreía, pero cruzó una mirada entre divertida y desafiante.
 -Seguro que querrá ver la sala de exposiciones, señor -dijo con cierta cortesía.
 Miré hacia el mostrador y volví a encontrarme con la mirada del dependiente. Estaba empezando a pensar que la magia era demasiado genuina.
 Pero, sin saber cómo, nos encontramos en la sala antes de que terminara de decir esto.
 -Todos los artículos son de la misma calidad -dijo el dependiente frotándose las manos-, y esta calidad es la mejor. Aquí no hay nada que no sea magia genuina, y todo totalmente garantizado. ¡Perdón, señor!
 Sentí que tiraba de algo que se pegaba a la manga de mi chaqueta; entonces vi que agarraba a un inquieto demonio rojo por el rabo -la pequeña criatura mordía, luchaba e intentaba cogerle la mano-, y en seguida lo tiró descuidadamente detrás de un mostrador. Sin duda esa cosa era sólo una figura de goma retorcida pero, ¡a primera vista...! Su gesto era exactamente el de un hombre que tiene entre las manos un pequeño bicho que muerde.
 -Oiga -dijo en voz baja, y el demonio-, ¿no tendrá muchas cosas de ese tipo por aquí, verdad?
 -¡Ninguna de esas es nuestra! Seguramente la trajo usted -dijo el dependiente en voz baja y con una sonrisa más deslumbrante que nunca-. ¡Es asombroso lo que la gente puede llevar encima sin darse cuenta!
 -¿Es eso una espada?
 -Una espada mágica. No se dobla, ni se rompe, ni corta los dedos. Al que la lleva, le hace invencible en la lucha contra. Cuestan desde media corona a siete y seis peniques, según el tamaño. Estas panoplias son para jóvenes caballeros andantes, y muy útiles: escudo de seguridad, sandalias para andar velozmente, yelmo que hace invisible.
 Traté de averiguar lo que costaban, pero el dependiente no me hizo ni caso. Sin duda el tipo era interesante, pensé, y tenía un lote de cosas curiosamente trucadas, realmente cosas muy bien trucadas...
 Aquella sala de exposiciones era larga y laberíntica, una galería interrumpida por mostradores y

2.
 Se ha eliminado toda frase (entendida como sintagma) en la que se enuncie a Gip directamente por su nombre propio. De esta manera, han quedado fuera directamente grandes fragmentos del texto que van ligados irremediabilmente a Gip. Aquí se incluyen todos los diálogos que salen de la boca de Gip, puesto que ellos mayoritariamente van acompañados de un "dijo Gip".

3.
 Se han eliminado las frases en las que mediante el uso de un pronombre se hace referencia a Gip y sin ningún tipo de ambigüedad. Por ejemplo, cuando el padre habla en segunda persona, "nosotros", salvo en contadas excepciones, no es posible no relacionar a Gip en ese "nosotros".

4.
Se ha eliminado todo aquello que, al haber eliminado previamente partes, carece de sentido narrativo.

5.
Esto incluye las partes que suponen un "fallo de racor". Se trata elementos que aparecen por primera vez y que no habían sido enunciados antes por estar inscritos en las partes eliminadas. Por ejemplo, se ha eliminado un "taburete" que aparecía sin causa conocida en el nuevo texto.

columnas, con arcos que llevaban a otras secciones donde vendedores del aspecto más extraño gandleaban y te observaban, y también había espejos y cortinas turbadores. Tan turbadores eran algunas cajas muy valiosas de soldados que tomaban vida en cuanto quitabas la tapa y decías... Yo no tengo un oído muy fino y sólo aprecié que se trataba de un sonido producido al retorcer la lengua.

-¡No, hombre! ¡No! -exclamó el dependiente y volvió a recoger los soldaditos, cerró la tapa, agitó la caja en el aire y izas!... ya estaba envuelta, atada y...

El dependiente se rió de mi asombro.

-Esto es magia auténtica -dijo-, real.

-Es demasiado auténtica para mi gusto -repetí.

Yo no prestaba la atención necesaria.

-¡Eh, presto! -dijo el dependiente mágico.

-¡Eh, presto! -repetí.

En realidad, a mí me distraían otras cosas. Me estaba afectando la extraordinaria rareza de aquel lugar, que aparecía, por decirlo así, inundado de una atmósfera de extravagancia. Incluso había algo extraño en la instalación; en el techo, en el suelo, en las sillas colocadas al azar. Tuve la extraña sensación de que, cuando no las miraba directamente, se inclinaban, se movían y jugaban silenciosamente al escondite detrás de mí. La cornisa tenía un adorno sinuoso con máscaras, que parecían demasiado expresivas para ser sólo de yeso.

Entonces, uno de los vendedores de aspecto extraño atrajo mi atención. Estaba a cierta distancia de mí, y, evidentemente, no se daba cuenta de mi presencia... Veía, a través de un arco, casi todo su cuerpo, sobre una pila de juguetes; el vendedor se inclinaba indolentemente sobre una columna, haciendo muecas horribles. Hacía una mueca especialmente horrible con la nariz. Lo hacía sólo porque parecía aburrido y quería divertirse a sí mismo. Cuando empezaba, tenía la nariz chata y redonda; luego, la extendía rápidamente como un telescopio, la estiraba, y cada vez se hacía más delgada, hasta que parecía un látigo largo, rojo y flexible. ¡Parecía una cosa de pesadilla! La agitaba y la lanzaba como un pescador lanza su caña y el dependiente sostenía una especie de gran tambor con la mano.

En seguida me di cuenta de lo que iba a pasar.

-¡Quite eso inmediatamente! -grité-. ¡Quítelo!

El dependiente de orejas desiguales lo hizo sin decir una palabra y me acercó el gran cilindro para que viera que estaba vacío. ¡Y estaba vacío!

Tal vez conozcan esa cosa siniestra que surge como una mano de la nada y oprime el corazón. Saben que destruye el yo habitual y le deja a uno tenso y cauto, ni lento ni precipitado, ni enfadado ni temeroso. Eso me sucedió a mí.

Me acerqué al risueño dependiente y di una patada.

-¡Ya está bien de locuras! -dije-.

-¿Ve? -dijo, mientras mostraba el interior-. Aquí no hay engaño...

Alargué la mano para agarrarle, pero se escabulló con un hábil movimiento. Intenté agarrarle otra vez, pero se apartó de mí y empujó una puerta para escapar.

-¡Alto! -grité, y se rió mientras se alejaba.

Me precipité tras él, en medio de una oscuridad total.

¡Plaf!

-¡Válgame Dios! ¡No le he visto venir, señor!

Me encontraba en Regent Street y había chocado con un trabajador de aspecto amable;. Me disculpé, y llevaba cuatro paquetes en los brazos. Estuve un segundo sin saber qué hacer. Miré alrededor para ver la puerta de la tienda mágica, pero... ¡no estaba allí! No había puerta, ni tienda... nada, sólo la pilastra corriente que se encuentra entre la tienda donde venden cuadros y el escaparate de los pollos...

Hice lo único que podía hacerse ante semejante confusión mental. Fui derecho al bordillo y levanté el paraguas para parar un coche; recordé mi dirección con dificultad.. Algo extraño se manifestó en un bolsillo de mi chaqueta; metí la mano y descubrí una bola de cristal. Con un gesto de petulancia la tiré a la calle.

No estaba trastornado, ni asustado, sino tremendamente satisfecho por los cuatro paquetes que llevaba en los brazos.

¡Diablos! ¿Qué podría haber en los paquetes?

-¡Hum! -dije-.

Al fin y al cabo, pensé, no había salido tan mal la cosa.

Tres de ellos contenían cajas de soldados, soldados de plomo totalmente normales, de una clase única y genuina. El cuarto contenía un gatito, un gatito blanco de carne y hueso, con excelente salud, y sentí un alivio provisional.

Esto sucedió hace seis meses. Y ahora estoy empezando a pensar que todo está en orden. El gatito sólo tiene la magia que es natural a todos los gatos, y los soldados parecen una compañía tan disciplinada como cualquier coronel podría desear.

No mostré ningún signo de sorpresa impropio; desde entonces he tenido ocasión de sorprenderle una o dos veces con los soldados fuera de la caja, pero hasta ahora no los he visto comportarse de una manera mágica...

Es algo difícil de explicar.

Existe también un problema económico. Tengo la incurable costumbre de pagar todas las facturas. He subido y bajado Regent Street varias veces buscando esa tienda. Me inclino a pensar, en efecto, que esta cuestión de honor ha sido satisfecha, y que, puedo esperar perfectamente que esas personas, sean quienes sean, envíen la factura a su debido tiempo.

FIN